

Del necesario descuido de algunos libros

Escribe: NELSON NICHOLLS SANTACOLOMA

Aunque suene a herejía, lo cierto es que algunos libros por su antigüedad, por la alta y venerable nombradía de sus impresores o por haber sido ellos pertenencia de grandes varones que transformaron con sus hechos la historia del mundo, merecen y aun exigen ser conservados en la misma forma en que hubieran sido dejados por sus primeros dueños, sin que una mano torpe los modifique en lo más leve de su prístino estado. Para ello será necesario que no caigan en poder de alguno de esos tratantes de libros que en su afán por vender un tomo arruinado a algún comprador no bibliófilo, y muy cuidadoso de la asepsia, se empeña en ponerlo enteramente nuevo, para lo cual hace uso del papel de lija, del borrador, del innoble cartón y, ¡ay!, no pocas veces hasta de las tijeras. Fue a un amigo de esos tratantes a quien hubo de comprar el bibliófilo don Luis Villagómez en alguna ocasión el curioso libro de Thomaso Garzoni da Bagnacavallo llamado *Il teatro de vari e diversi cervelli mondani*, impreso en Venecia por Fabio y Agostín Zoppini en 1591. Tan moderna pasta le colocó uno de esos renovadores, refileó de tal modo los bordes de aquel libro y tanto esmero puso él en dejarlo como recién salido de la imprenta, que por mucho tiempo lo tuvo el vendedor de marras por una simple edición facsimilar, por más que no supiera él si en realidad ese autor y esa obra merecían honor tan pocas veces dispensado como es el de hacer desde el principio hasta el fin una tal reproducción.

Todo lo anterior dicho sea con perdón del padre Pinzuti y su hospital para libros enfermos de las vecindades de la Plaza de San Pedro en Roma. A los librovejeros renovadores nadie podrá convencerlos de que su trabajo no los hace merecedores de figurar al lado de los grandes benefactores de la humanidad. Por fortuna el padre Pinzuti no cree lo mismo. El declara que el hombre es el primer enemigo del libro y esta sola apreciación suya lo señala como un honesto trabajador de su especialidad. Por lo demás, él realiza su labor restauradora sin cálculo interesado, despro-

visto de todo propósito de ventaja o ganancia, lo cual no significa, después de todo, que en el fondo y en cierto modo los bibliófilos no deban considerarlo como un enemigo suyo.

La verdad es que mientras el padre Pinzuti consumía largas horas en su laboratorio, dedicado a hacer desaparecer las manchas de un historiado libro, en esa misma Italia, cuna del arte, unos modernos impresores de Turín empleaban dos años en la elaboración de una extraordinaria edición limitada del *Libro de horas del rey Fernando de Aragón*, en la cual se reproducían, del tomo original, con absoluta perfección "las manchas del papel y hasta la mugre que dejaron en este caso los dedos reales". En una nota suya publicada en *El Tiempo*, Germán Arciniegas nos contaba a propósito de este trabajo que "el editor ha querido que en el ejemplar reproducido se tenga la impresión de que se están acariciando las mismas tapas del mismo terciopelo, los mismos broches de oro, el mismo pergamino de las páginas descoloridas, y que el oro y las tintas y los colores sean idénticos a los del original". El contraste que ofrecen estas dos expresiones de amor al libro son bien patentes en su clara diferencia. Para el bibliófilo es evidente que la segunda, la manifestada por los impresores de Turín, llega más directamente a su corazón. El sabe que aun sin profesar esa rara manera de estimación que tiene por el libro, gozo y padecimiento a un mismo tiempo, no se podría aceptar, valga por caso, el que alguien pusiera en manos del padre Pinzuti los dos maltratados tomos de los *Comentarios* de César que pertenecieron al Libertador y que hoy se conservan en la casa natal del grande hombre, al pie de una nota manuscrita de José de Austria, explicativa del estado como de abandono en que se encuentra especialmente colocado sobre una mesa el primero de ellos y que a la letra dice: "Este libro no se manda a componer porque en este estado se puso en la hamaca del Libertador Simón Bolívar, donde lo tenía siempre y leía de continuo en los campamentos". Restaurado, ese ya no sería el ejemplar en que leyó el Libertador en sus breves momentos de reposo, recostado en su hamaca. Sería, a lo sumo, un ejemplar del padre Pinzuti.

Para el bibliófilo el lenguaje de los libros va más allá del expresado en estos por cada uno de sus autores. Cada libro le habla en términos que resultan desconocidos para los demás. Una firma, un subrayado, una simple hoja puesta como al descuido entre sus páginas, son detalles que constituyen, cada uno de por sí, toda una escondida trama de interesantes secretos. Destruírlos equivocada o interesadamente es melancólica función que tiende a demeritar al libro. Por fortuna no todo ha de ser rigor para los libros viejos y no pocas veces el bibliófilo suele encontrarlos, casi podría decirse, que intocados. De esta gratísima experiencia ha participado en sus incursiones a las librerías de viejo don Luis Villagómez. Esas y otras no gratas experiencias nos relata él en una nueva visita a su casa, hecha con un placer entreverado de envidia.

Puestas en una balanza esas dos categorías de lo grato y de lo ingrato que proporciona la búsqueda del libro raro, no sabría decir don Luis cuál de las dos se inclina más. De una parte, están allí como testigos mudos ("vivos en su silencio" que dijo Gabriela Mistral) los ejemplares que llegaron a sus manos por el azaroso camino de los torpes cuidados. Entre

estos, uno de las *Lecciones de Física para los jóvenes del Colegio Mayor Seminario de San Bartolomé* del celeberrimo doctor José Félix de Restrepo, impreso por F. M. Stokes, plazuela de San Francisco, año 1825, tan exageradamente refilado que muy poco faltó para que el texto que tanta luz comunicara en su época quedara completamente mutilado. Con todo, este hecho resulta menos grave que el de haber sido ofrecido ese ejemplar por la irrisoria suma de diez centavos a causa de tener la vieja encuadernación de cuero perforada por la polilla, pero principalmente, según cree don Luis, debido a que ese texto de física en el parecer utilitarista del librero "es demasiado pasado" para esta época. ¡Diez centavos! A don Luis que todo lo juzga en función de sus libros, le pareció que de esa manera se infería un ultraje a la memoria del maestro que enseñó filosofía a Francisco José de Caldas, a Camilo Torres, a Francisco Antonio Zea, y en un impulso nacido de muy hondo que el librero no pudo entender, dio a este un peso colombiano, un billete, algo más que una pequeña moneda, por aquel venerable tomo tan vilmente tasado.

Otro libro, este sí perteneciente al afortunado grupo de los intocados, es un ejemplar de *The poems of Ossian* (Edimburgo, Macredie, Skelly & Muckersby, Calle del Príncipe número 52, año 1814) ejemplar que fue propiedad del general escocés Gregor Mac Gregor, el de las legendarias cargas a la bayoneta en el Alacrán y el Juncal, en la temeraria retirada de Ocumare, sobre más de ochocientos kilómetros ocupados enteramente por el enemigo. El tomo, que hace pensar en un paciente trabajo de pulimento, es noble en sumo grado, encuadernado en piel de la más fina textura, como de pécarí, con dibujos al grafado de una gran nitidez en su pequeñez. La firma del general aparece en la parte superior de la portada, bien segura en el trazo. Este libro permite construir el agitado ambiente que hubo de rodearlo al lado de su dueño, en su azaroso peregrinaje hacia la libertad. Quizá viajaría entre la mochila de uno de los soldados de Mac Gregor, que lo eran a pie, entre doscientos cartuchos, por el llano cercado del peligro de la caballería española. Con su poesía "de nieblas y ventisqueros, de abetos solitarios" fue, como su dueño, un viajero temerario, hasta cuando el general se vio obligado a resignar el mando de sus tropas en el general Piar, su compañero en la expedición de los Cayos, que ya empezaba a no querer obedecer sino a sí mismo. Desengañado, Mac Gregor se retiró del ejército hasta la fecha de su desgraciada intervención en Portobelo donde se mostró tan inferior a su valor. Este libro, dice don Luis, mientras lo palpamos, empezó entonces peregrinaje más largo que su dueño hasta llegar después de tantos años a este lugar. Vea usted cómo el libro sobrevive a su poseedor, agrega don Luis, y qué bien se conserva este que acompañó al general Mac Gregor en sus sueños de gran cruzado de la libertad. Fue comprado en esta ciudad de Bogotá, en el "Cementerio de los libros", un curioso puesto situado hace unos años en la calle 26, con lo cual queda dicho todo respecto del abandono de los libros que allí caían.

Aquel de los poemas de Ossian (o de Mac Pherson si es cierta la superchería literaria que se le atribuye) es, entre los libros de don Luis Villagómez, del grupo reducido de los que han escapado del borrador, del papel de lija y de las tijeras; vale decir, de aquellos que al llegar a las

manos del bibliófilo aseguran su integridad física de un modo positivo. Si esta característica puede aplicarse a un solo volumen por separado, con prescindencia de los que compongan con él una obra completa, bien puede ser incluido en aquel grupo el segundo tomo de los *Comentarios* de César que don Luis posee desde hace un tiempo sin su compañero, el primero. Dicho segundo tomo es de la misma edición a la cual corresponden los dos, de la obra completa, que pertenecieron al Libertador, según queda dicho. Materia es esta de las obras incompletas que puede dar para más de un escrito relacionado con el tema de la bibliofilia. ¡Cuántos tomos, que harían la felicidad de quien espera encontrarlos para completar una obra importante, andarán por ahí en manos de personas que ignoran totalmente su valor! Los que pertenecen a don Luis acreditan sobradamente la importancia del buen trato debido a los libros viejos y curiosos, para cuya conservación las manos cariñosas del bibliófilo sirven más, en la esfera de su hondo significado afectivo, que las muy expertas de quienes les profesan esa especie de amor que tanto se parece al que los médicos suelen tener por aquellos de sus pacientes a quienes no conocen. Y, necesario es repetirlo, todo esto dicho sea con perdón del padre Pinzuti y su hospital para libros enfermos de las vecindades de la Plaza de San Pedro en Roma.